

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Philip Norman

# Mick Jagger

Traducción de Amado Diéguez



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Mick Jagger  
HarperCollins  
Londres, 2012

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © Dave J. Hogan / Getty Images Entertainment / GETTY

*Primera edición:* junio 2014

© De la traducción, Amado Diéguez, 2014

© Jessica Productions Ltd., 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2605-0

Depósito Legal: B. 10655-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Primera parte

El blues lo lleva dentro

## 1. NIÑO DE GOMA

Al parecer, para ser lo que llamamos una «estrella» no basta con poseer un talento único en alguna de las artes interpretativas, hace falta también un vacío interior tan abismalmente oscuro como luminoso es el brillo del estrellato.

La gente normal, feliz, equilibrada, no suele convertirse en figura del cine o del rock. Es algo que con mayor frecuencia está reservado a esas personas que en su infancia sufrieron privaciones o algún trauma. De ahí la ferocidad con que buscan la fama o el reconocimiento a cualquier precio y su insaciable necesidad de la atención y el cariño del público. Les otorgamos un lugar próximo al de los dioses, es cierto, pero al mismo tiempo, paradójicamente, los vemos como los más falibles de los hombres, torturados por los demonios del pasado y las incertidumbres del presente, tantas veces condenados a destruir primero su talento y luego a sí mismos al recurrir al alcohol o las drogas, o a ambas cosas. Desde mediados del siglo XX, cuando la fama se hizo global, las estrellas más rutilantes, desde Charlie Chaplin, Judy Garland, Marilyn Monroe y Edith Piaf, hasta Elvis Presley, John Lennon, Michael Jackson y Amy Winehouse, han cumplido algunos de esos requisitos, si no todos. ¿Cómo, por tanto, explicar a Mick Jagger, que no se pliega a ninguno de ellos?

Jagger ya empezó a desmentir la fórmula el día que vino al mundo. Esperamos que las estrellas nazcan en lugares que en nada anticipen su posterior ascenso, para hacerlo aún más espectacular: una mísera cabaña del Mississippi, un sórdido puerto de mar, el camerino de un teatro de mala muerte, un tugurio de París. No pensamos que pueden nacer en mitad del apacible condado de Kent, en cómodas y poco estimulantes circunstancias.

El sur de Inglaterra siempre ha sido la región más rica y privilegiada del país, y alrededor de Londres se congrega un racimo de comarcas al que con no poca presunción llaman *Home Counties* [«Condados patrios»].

Kent es el que se encuentra más al este, y linda al norte con el estuario del Támesis y al sur con los blancos y sagrados acantilados de Dover y el Canal de la Mancha. Además, como su más famoso vástago del siglo XX, tiene personalidad múltiple. Para algunos es «el Jardín de Inglaterra», o la Campiña, con sus verdes y suaves lomas, sus huertos de manzanos y cerezos, y sus campos de lúpulo con secaderos y hornos de ladrillo en forma cónica. Para otros es ante todo la gloria de la catedral de Canterbury, donde un «cura turbulento», Thomas Beckett, encontró la muerte, y la sede de grandes mansiones como Knole y Sissinghurst, aunque también tenga ajadas localidades de veraneo victorianas como Margate o Broadstairs. Hay quienes piensan en sus campos de críquet, en *Los papeles póstumos del club Pickwick*, la novela de Dickens, o en la ultrarrespetable Royal Tunbridge Wells, con residentes tan célebremente afectos a escribir a los periódicos que la expresión «Con indignación, Tunbridge Wells» ha terminado por denominar a todo británico maduro y colérico presto a lanzar invectivas contra la moral y las costumbres modernas. (La indignada Tunbridge Wells tendrá un papel nada desdeñable en nuestro relato.)

En los dos mil años transcurridos desde que las legiones de Julio César desembarcaron en la playa de Walmer, Kent ha sido ante todo un lugar de paso: los peregrinos de Chaucer camino de Canterbury «desde todos los rincones de la comarca», ejércitos en marcha hacia las guerras europeas, el tráfico rodado hoy día hacia y desde los puertos de Dover y Folkestone y el túnel del Canal. Tanto es así que resulta difícil situar en un solo lugar el corazón de la región. Lo que sin duda sí tiene Kent es un acento propio, sutilmente distinto del de su vecino Sussex y distinto también de una ciudad a otra e incluso de un pueblo a otro, aunque el predominante es el de la metrópoli, que se mezcla sin solución de continuidad con los que se hablan más allá de sus márgenes septentrionales. Los primeros colonizadores lingüísticos fueron los cockneys que todos los veranos llegaban en tren desde Londres para la recogida del lúpulo. Desde entonces, las ciudades dormitorio de la capital han proliferado y el acento londinense es ubicuo.

Jagger no es un apellido oriundo de Kent ni de Londres –pese a que en *Grandes esperanzas*, la novela de Dickens, aparezca un abogado de la City llamado Jagers–, sino de las cercanías de Halifax, Yorkshire, trescientos kilómetros al norte. Aunque en los tiempos de «Street Fighting Man» a su más famoso portador le complacería la semejanza de su apellido con *jagged*, «dentado», y afirmar que antiguamente designaba a navajeros y a ladrones, el término en realidad se deriva de *jag*, que significaba «paquete» o «carga», y aludía a los carreteros o buhoneros. Antes

de Mick sólo un personaje conocido, aunque de menor importancia, se apellidó igual, el ingeniero Joseph Hobson Jagger, que en época victoriana ideó un hábil sistema para ganar a la ruleta y tal vez inspirase «The Man Who Broke the Bank at Monte Carlo», la famosa canción de music-hall. La familia Jagger puede por tanto afirmar que, antes de nacer Mick, ya le había tocado la lotería.

El padre de Mick, Basil Fanshawe Jagger –todos le llamaban Joe–, no era tan codicioso. Nació en 1913 y creció en un ambiente de sano altruismo. David, su padre, el abuelo de Mick, era oriundo de Yorkshire y director de un colegio en los tiempos en que todos los alumnos compartían la misma aula, se sentaban en largos bancos de madera y tomaban notas con tiza en pequeñas pizarras. Aunque era bajo y delgado, Joe tenía facultades para el deporte: destacaba en todas las pruebas de atletismo y era especialmente diestro en gimnasia. En vista de sus antecedentes familiares y de un temperamento idealista y dadivoso, era natural que escogiera por profesión la educación física, que por aquel entonces llamaban en Inglaterra «Formación Física». Estudió en las universidades de Manchester y Londres, y en 1938 consiguió el puesto de profesor de Formación física en la East Central School de Dartford, Kent.

Situado al noroeste del condado, Dartford, que queda a treinta minutos en tren de las grandes estaciones metropolitanas de Victoria y Charing Cross, es prácticamente un barrio residencial de Londres. Se encuentra en el valle del río Darent, en el viejo camino de los peregrinos a Canterbury, y la historia lo conoce como el lugar donde en 1381 Wat Tyler inició la revuelta de los campesinos contra el impuesto de capitación del rey Ricardo II (parece, pues, que la sangre de Dartford palpita desde siempre con agitación). Hoy sólo lo mencionan las emisoras de tráfico –si bien centenares de veces– para informar de la situación del tráfico en el túnel del Támesis, cuya entrada se encuentra en la intersección de carreteras de Dartford-Thurrock, vía de escape principal de Londres hacia la costa meridional. Fuera de esto, no es más que un nombre en alguna señal de carretera o andén y sus siglos como población ferial especializada en fabricación de cerveza han quedado sepultados bajo edificios de oficinas, muchas tiendas y muchas más viviendas-dormitorio. Desde los últimos años del reinado de Victoria, el tráfico que llegaba a Dartford no era exclusivamente rodado. En un pueblo remoto con el premonitorio nombre de Stone se erigía una mole imponente que albergaba el East London Lunatic Asylum [Hospital de Locos], nombre que una época con más tacto cambió por el de «Stone House».

A principios de 1940, Joe Jagger conoció a Eva Ensley Scutts, que tenía veintisiete años y era tan vivaz y efusiva como él discreto y callado.

La familia de Eva era originaria de Greenhithe, Kent, pero tuvo que emigrar a Australia, más concretamente a Nueva Gales del Sur, donde ella nació el mismo año que Joe, 1913. Al terminar la Gran Guerra, su madre dejó a su padre y volvió a casa con sus cinco hijos para establecerse en Dartford. De Eva siempre dijeron que se avergonzaba un poco de haber nacido «en las antípodas» y de exagerar un acento de clase alta para ocultar todo rastro del australiano. Lo cierto es que en aquellos tiempos todas las jóvenes respetables se esforzaban por hablar como las princesas reales Isabel y Margarita, como si acabaran de ser presentadas en sociedad. Que Eva trabajara de secretaria en una oficina, y posteriormente de esteticista, lo convertía en una necesidad.

Joe la cortejó durante el primer y más sombrío acto de la Segunda Guerra Mundial, cuando, tras la derrota de Francia, Gran Bretaña se alzaba en solitario frente a los victoriosos ejércitos de Hitler y casi podía divisarse al Führer al otro lado del Canal contemplando los acantilados de Dover con la misma prepotencia que si ya hubieran caído en su poder. Con el verano llegó la batalla de Inglaterra, que en los claros cielos de Kent dibujó grafitis con el vapor blanco que los cazas británicos y alemanes dejaban en sus duelos sobre campos de cereal, secaderos de lúpulo y la suave y verde campiña. En Dartford no había instalaciones militares vitales, pero la Luftwaffe bombardeaba insistentemente los muelles y fábricas de Chatham, Rochester y el East End de Londres. Que muchas bombas no fueran destinadas a Dartford sino que, simplemente, los aviones alemanes las soltaran en su vuelo de regreso sólo servía para aumentar tan espantoso peaje. Una mató a trece personas en Kent Road, en el centro de pueblo, otra cayó en el hospital del condado y destruyó dos pabellones femeninos atestados de pacientes.

Joe y Eva se casaron el 7 de diciembre de 1940 en la iglesia de la Santísima Trinidad —ella había cantado en el coro—. La novia llevaba un vestido de seda color lavanda en lugar del blanco tradicional y Albert, hermano de Joe, fue el padrino. Después de la ceremonia celebraron el banquete en Coneybear Hall. Eran tiempos de guerra, de modo que, con Joe convencidamente fiel a la ética de la frugalidad y el sacrificio —la dominante—, los cincuenta invitados comieron huevo liofilizado y sándwiches de carne de cerdo en conserva y bebieron jerez barato a la salud de los novios.

Como Joe era maestro y trabajaba buscando hogar a niños londinenses evacuados no lo llamaron a filas. Así al menos no hubo despedidas traumáticas: no le mandaron al continente ni a la otra punta del país. Tampoco sentía por ese motivo la urgencia por fundar una familia de los soldados que volvían a casa con un breve permiso. El primer hijo

de Eva y Joe no llegó al mundo hasta 1943, cuando ambos tenían treinta años. Nació en el Livingstone Hospital de Dartford el 26 de julio, fecha de nacimiento de George Bernard Shaw, Carl Jung y Aldous Huxley. Lo llamaron Michael Philip. Y una señal quizá significativa: en el cine de la ciudad proyectaban una película de Abbott y Costello titulada *Money for Jam* [«Dinero regalado»].

En sus primeros años, Michael Philip fue testigo del giro gradual de la guerra en favor de los aliados y de cómo, en preparación de la reconquista de la Fortaleza Europa, Gran Bretaña se llenaba de soldados norteamericanos, glamourosa tropa provista de exquisiteces que los británicos casi habían olvidado y aficionada a escuchar su propia y contagiosa música de baile. El nazismo agonizaba, pero aún tenía una última «arma de venganza»: las bombas volantes no tripuladas V1, que su ejército lanzaba desde Francia e infligieron graves daños y no pocas muertes en Londres y sus alrededores los últimos meses del conflicto. Como todo el mundo en la región, Eva y Joe pasaban muchas noches en vela escuchando el zumbido del motor de las V1, que cesaba justo antes de alcanzar el blanco. Más tarde llegaron las V2, bombas mucho más terribles y también a reacción que surcaban los cielos más rápido que el sonido y, por tanto, no avisaban de su llegada.

Naturalmente, Michael Philip permanecía ajeno a todo mientras una nación bombardeada, maltrecha y sometida a un estricto régimen de racionamiento comprendía con sorpresa no sólo que había sobrevivido, sino que había vencido. Uno de los primeros recuerdos de Jagger es la visión de su madre descolgando las pesadas cortinas de los apagones antibombardeos en 1945, lo que significaba el fin del pánico a las incursiones aéreas nocturnas.

Cuando en 1947 nació Christopher, el hermano pequeño, la familia se mudó al 39 de Denver Road, calle en curva de la elegante parte occidental de Dartford con casas de fachadas blancas con guijarros. Joe compaginaba ahora su trabajo como profesor de formación física con un empleo administrativo en la Junta Central de Actividades Físicas, órgano que coordinaba todas las asociaciones deportivas amateur del Reino Unido. Estaba, como hemos dicho, especialmente dotado para el atletismo, pero su pasión era el baloncesto, deporte esencialmente norteamericano que en el Reino Unido se jugaba desde la década de 1890. Joe opinaba que no había mejor juego para fomentar la deportividad y el espíritu de equipo, valores que defendía con abnegación. Se pasaba las horas entrenando sin sueldo a futuros equipos del pueblo y en 1948 puso en marcha la primera Liga de Baloncesto del Condado de Kent.

Observa Tolstói al principio de *Anna Karénina* que, si todas las fa-

milias desgraciadas lo son de formas diversas y originales, las familias felices suelen ser aburridamente parecidas. Nuestro protagonista, futuro símbolo de rebeldía e iconoclasia, creció en tan afortunada circunstancia. Su taciturno pero deportivo padre y su bulliciosa y socialmente ambiciosa madre formaban una pareja compatible en todo y estaban entregados el uno al otro y a sus hijos. Al contrario de lo que sucedía en tantos hogares de la posguerra, en el 39 de Denver Road reinaba una atmósfera de seguridad completa donde las horas de la comida, del baño y de acostarse se cumplían a rajatabla y los valores se respetaban en su correcto orden. El modesto estipendio de Joe y su abstinencia —ni bebía ni fumaba— bastaban para mantener esposa y dos hijos con relativa comodidad mientras el racionamiento de la guerra iba desapareciendo gradualmente y la carne, la mantequilla, el azúcar y la fruta volvían a abundar.

Existe una imagen idealizada del niño británico de principios de los cincuenta, antes de que la televisión, los juegos de ordenador y la iniciación temprana en el sexo acabaran con la inocencia de la infancia. No va vestido como un gángster de Nueva York en miniatura ni como un guerrillero de la jungla, sino, inequívocamente, como un niño: camisa de manga corta blanca y vaporosa, pantalones cortos holgados de color caqui y cinturón elástico con hebilla en forma de S. Está despeinado y luce una sonrisa despreocupada, y para evitar el sol guiña los ojos, que no empañan ni el miedo ni el ingreso prematuro en la sexualidad. Ese niño es Mike Jagger, y así le conocía el mundo. Debe de tener unos siete años y aparece entre un grupo de compañeros de clase de su primer colegio, una escuela infantil llamada Maypole [«Mayo»]. Ningún nombre podría sugerir mejor la primavera y las diversiones amables, niños de corazón puro y niñas dando vueltas a un mayo para recibir las tiernas flores.

En Maypole fue un alumno estrella, el mejor de la clase, o casi, en todas las asignaturas. Como pronto se vería, había heredado la destreza de su padre para los deportes y destacaba en los partidos de fútbol y de críquet y en las carreras de sacos y el juego del huevo y la cuchara. Uno de sus profesores, Ken Llewellyn, recordaría que era el niño más encantador y brillante del curso, «un irreprimible manojito de energía» a quien era «un placer enseñar». Pero en aquel dechado de virtudes de siete años se vislumbraba ya el matiz de lo subversivo. Tenía oído para el habla de los adultos y modelaba la voz para reproducir un número impresionante de acentos. Sus imitaciones de los profesores, como el señor Llewellyn, galés, suscitaban más entusiasmo entre sus compañeros que sus victorias en el campo de juego.

A los ocho años cambió de colegio y pasó al Wentworth County, un sitio mucho más serio donde los niños ya no daban vueltas al mayo y se esforzaban por sobrevivir en el recreo. Allí conoció a un niño que también había nacido en el Livingstone Hospital, sólo que cinco meses después que él; un muchachito de prominentes orejas, cara chupada y el desamparado aspecto de los huérfanos dickensianos, aunque provenía de una familia de clase media. Se llamaba Keith Richards.

Los niños ingleses de la época soñaban con emular las hazañas de vaqueros de cine como Gene Autrey y Hopalong Cassidy, que lucían un vestuario llamativo y a cada poco desenfundaban un revólver con empuñadura de plata y gorjeaban baladas al son de una guitarra. En el patio del Wentworth County, Keith le confesó un día a Mike que cuando fuera mayor quería ser como Roy Rogers, el autoproclamado «rey de los cowboys», y tocar la guitarra.

A Mike, el rey de los cowboys le resultaba indiferente —ya por aquel entonces la indiferencia se le daba bien—, pero la idea de la guitarra, y de que aquel pequeño diablo de orejas de soplillo la tocara, sí le interesó. A pesar de todo, la amistad no cuajó y tendrían que pasar más de diez años para que aquellos dos mocosos investigaran el tema en profundidad.

En la casa de los Jagger, como en cualquier otra de Inglaterra, la música sonaba constantemente en una voluminosa radio de válvulas que sintonizaba Light Programme, emisora de la BBC que emitía música y nada más que música de todos los géneros, desde grandes orquestas hasta opereta. A Mike le encantaba imitar a los grandes cantantes melódicos norteamericanos —como Johnnie Ray, que arrullaba las notas de «Just Walkin' in the Rain» y «The Little White Cloud That Cried»—, pero no destacó especialmente en la asignatura de música del colegio ni en el coro de la iglesia, al que también pertenecía su hermano Chris. En realidad, en esa etapa, parecía que Chris tenía más talento para la música: ganó un premio en Maypole por cantar «The Deadwood Stage», de la película *La verdadera historia de Calamity Jane*. Los espectáculos musicales que más atraían a Mike eran las pantomimas de Navidad que las compañías profesionales escenificaban en los teatros de la región, sensibleras obritas basadas en cuentos tradicionales como *Mamá Gansa y Juan y las habichuelas mágicas* con una curiosa confusión de sexo y género: tradicionalmente era un hombre con colorete quien interpretaba a la ocurrente «Dama» mientras que al «niño protagonista» lo encarnaba una joven de largas piernas.

En 1954 la familia Jagger volvió a trasladarse y abandonó Dartford para establecerse en Wilmington, un pueblo cercano. Su casa pasó a tener nombre, Newlands. Estaba en una calle cortada, The Close, nombre

habitualmente reservado a dependencias catedralicias, y tenía un espacioso jardín donde, regularmente, Joe hacía gimnasia con sus hijos y practicaban deportes. Los vecinos se fueron acostumbrando a ver el césped lleno de pesas, pelotas y palos de críquet, y a Mike y a Chris balanceándose como pequeños tarzanes de las cuerdas que su padre colgaba de los árboles.

Para los Jagger, como para la mayoría de las familias británicas, fue una década de constante y creciente prosperidad, cuando lujos apenas imaginables antes de la guerra eran comunes en casi todos los hogares. Compraron un televisor. En su minúscula pantalla aparecían imágenes más bien azuladas que en blanco y negro, pero Mike y Chris igual pudieron ver las marionetas de *Children's Hour* —la Mula Magdalena, el Señor Nabo, Hollín, etcétera— y series como *The Secret Garden* [«El jardín secreto»], basada en la novela de Frances Hodgson Burnett, y *The Railway Children* [«Los niños del ferrocarril»], también basada en otra novela infantil, esta vez de Edith Nesbit. Iban de vacaciones a la soleada España y al sur de Francia; las preferían a las numerosas y cómodas pero frías localidades de veraneo de Kent, como Margate y Broadstairs. Pero Mike y Chris nunca fueron unos niños mimados. A su manera tranquila y callada, Joe imponía una disciplina férrea y Eva era igualmente enérgica, en particular con la limpieza y el orden. Desde sus primeros años, los dos hermanos tenían que hacer su parte de las tareas de la casa, que siempre se atenían a un programa y un horario parecidos a los escolares.

Mike cumplía sus obligaciones sin quejas. «No era un niño rebelde en absoluto», recordaría Joe más tarde. «En casa, en familia, era muy bueno y ayudaba a cuidar de su hermano pequeño.» De hecho sólo una sombra se cernía en su horizonte: según parece, Chris era el favorito de su madre y él nunca recibía el mismo afecto ni las mismas atenciones. Eso le hizo lento y torpe para dar cariño —algo que le caracterizaría toda su vida—, y tímido y cohibido en presencia de desconocidos: le daba vergüenza y le mortificaba que Eva le obligase a saludarlos o a estrecharles la mano.

El año que la familia se trasladó a Wilmington hizo el Eleven Plus, el examen con que las autoridades educativas británicas dividían preventivamente a sus niños de once años en triunfadores y fracasados. Los más brillantes pasaban a las *grammar schools*, que con frecuencia tenían el mismo nivel que los exclusivos colegios de pago, los que no lo eran tanto ingresaban en las *secondary moderns*, y los zoquetes terminaban en las *technical schools*, con la esperanza de, por lo menos, aprender un útil oficio manual. Mike Jagger no corría peligro de acabar en ninguna de las dos últimas opciones. Aprobó el examen con facilidad y en septiem-

bre de 1954 se matriculó en la Dartford Grammar School de West Hill.

Su padre no podía estar más satisfecho. Fundado en el siglo XVIII, la Dartford Grammar era el mejor instituto del distrito. Aspiraba a los mismos resultados y observaba las mismas tradiciones que a otros padres les costaban un ojo de la cara en Eton o Harrow. Tenía escudo de armas y un lema en latín, *Ora et labora*, «Reza y trabaja». Tenía «maestros», en vez de meros profesores, que llevaban toga negra y, lo que era más importante para Joe, daba tanta importancia a los deportes y la educación física como a los conocimientos académicos. Allí habían estudiado Sir Henry Havelock, héroe del Motín de la India del siglo XIX, y el gran novelista Thomas Hardy, que antes de dedicarse a la literatura fue arquitecto y trabajó en una de las ampliaciones de la institución en el siglo XIX.

En este nuevo entorno, sin embargo, Mike ya no destacaba tanto como en el colegio. Las notas del Eleven Plus le habían situado entre los alumnos especialmente prometedores, encaminados a sacar sobresaliente en casi todos los exámenes de nivel del GCE «O» y a cursar los dos años de *sixth form* para, luego, entrar probablemente en la universidad.<sup>1</sup> Se le daba bien la asignatura de lengua, sentía cierta pasión por la historia (gracias a un inspirador maestro llamado Walter Wilkinson) y hablaba francés con mejor acento que la mayoría de sus compañeros. Pero las asignaturas de ciencias, como las matemáticas y la física y la química, le aburrían, y les dedicaba poco tiempo o ninguno. En la planilla donde aparecían los alumnos según sus notas solía figurar hacia la mitad. «No era ni un empollón ni un zopenco», recordaría más tarde. «Siempre me moví en terreno neutral.»

Su rendimiento en los deportes, a pesar de los exhaustivos entrenamientos con su padre, también era desigual. El verano no era para él ningún problema porque en la Dartford Grammar jugaban al críquet y le encantaba verlo y jugarlo, y, entrenado por Joe, destacaba en atletismo, especialmente en las pruebas de media distancia y en lanzamiento de jabalina. Pero en invierno el juego de equipo preferido en el instituto era el rugby, un deporte de clase alta, en lugar del fútbol, de obreros. Era rápido y muy hábil atrapando el balón, así que no le costó entrar en el equipo titular. Pero odiaba los placajes —que a menudo significaban restregarse la cara en el barro— y hacía todo lo posible para no recibir un pase.

1. GCE «O», *General Certificate of Education*; antes, en el Reino Unido, certificado de lo que en España equivalía al bachillerato elemental. *Sixth form*, los dos últimos años de la enseñanza secundaria. (*N. del T.*)

El director, Ronald Loftus Hudson, a quien sarcásticamente llamaban *Lofty* [«altivo»], era un hombre diminuto capaz, sin embargo, de reducir a la asamblea más ruidosa y pendenciera al silencio sepulcral con poco más que enarcar una ceja. Instauró un régimen e impuso todo tipo de pequeñas normas de conducta y de vestir, aunque las más estrictas se referían a la Dartford Grammar School for Girls, segregado del instituto de chicos pero tentadoramente próximo. Los muchachos tenían prohibido hablar con las chicas aunque se encontraran por casualidad y fuera de las horas lectivas, por ejemplo, en la parada del autobús. Como la mayoría de los educadores británicos de entonces, Lofty recurría al castigo físico, que aplicaba sin temor a restricciones legales ni a la protesta de los padres: de dos a seis golpes en el trasero con un palo o con una zapatilla de deporte. «Tenías que esperar a la puerta de su despacho y, en cuanto se encendía la luz, entrabas», recordaría Jagger tiempo después. «Los demás se quedaban en las escaleras escuchando, para ver cuántos golpes te daba el director y de qué humor andaba aquella mañana.»

Todos los profesores varones podían administrar castigos formales delante de toda la clase y la mayoría practicaban —a veces jocosamente— una violencia física que hoy los llevaría directamente ante un tribunal por maltrato. Cualquiera que mostrase cierta debilidad (como el profesor de lengua, «el dulce y delicado señor Brandon») era enseguida objeto de las implacables burlas y ataques de Jagger, el imitador de la clase, a sus espaldas o en su cara. «Librábamos una guerra de guerrillas en todos los frentes, con desobediencia civil y sin declarar abiertamente las hostilidades; [los profesores] nos tiraban el borrador y nosotros se lo devolvíamos», contaría. «Alguno nos daba puñetazos. Las bofetadas eran tan fuertes que nos tiraban al suelo. Otros te retorcían la oreja y te arrastraban hasta que se ponía roja y sentías pinchazos de dolor.» Así que la letra de «Jumpin' Jack Flash», «En el colegio me educaron cruzándome la espalda con un cinturón», tal vez no sea tan exagerada como parece.

En el número 23 de The Close vivía un niño llamado Alan Etherington que tenía la misma edad de Mike y también estaba en la Dartford Grammar. Se hicieron amigos de inmediato e iban juntos al instituto en bicicleta todas las mañanas y quedaban muchas veces para merendar en casa de uno o de otro indistintamente. «Con Mike siempre hacíamos la misma broma: si aparecía era porque se estaba escaqueando de algo que le habían encargado sus padres, como hacer la colada o cortar el césped», recuerda Alan. Eva, que quería tener la casa impecable, tal vez le intimidara un poco pero, a pesar de su «callada autoridad», Joe creaba una atmósfera de sana diversión. Cuando Alan se pasaba por allí, jugaban un partido de críquet o de *rounders*, juego similar al béisbol, o improvisaban

una sesión de pesas en el jardín. En ocasiones especiales, Joe fabricaba una jabalina, se llevaba a los niños a un prado cercano y, bajo su atenta supervisión, les dejaba practicar unos cuantos lanzamientos.

Como mantenía una relación tan estrecha con el mundo de la enseñanza, la liberación diaria del instituto no era para Mike tan completa como para los demás. Joe conocía a muchos profesores de la Dartford Grammar y podía por tanto estar muy al tanto de su conducta y rendimiento académico. Mike tampoco podía escabullirse y no hacer los deberes: más tarde recordaría que a veces se levantaba a las seis para terminar algún ejercicio o trabajo porque se había quedado dormido encima de los libros la noche anterior. Pero en otros aspectos, la relación de Joe con los maestros era una ventaja. Arthur Page, el profesor de deportes —y célebre criquetista local—, era amigo de la familia y prestaba especial atención al bateo de Mike contra las redes del instituto. Asimismo y por hacerle un favor a su padre, un profesor de matemáticas quedó en ayudarlo con la asignatura que peor llevaba aunque el niño no estaba en su clase.

Al cabo de un tiempo, el propio Joe se incorporó al claustro de profesores como instructor a tiempo parcial y todos los martes por la tarde acudía al instituto para enseñar su amado baloncesto, un deporte por el que, por fin, Mike demostraba tanto entusiasmo y dedicación como él. Jugando al baloncesto podía correr, zigzaguear, coger el balón y lanzarlo sin peligro de que lo tirasen al barro, y lo mejor de todo, pese a la paciencia con que Joe le explicaba sus orígenes británicos, parecía un deporte exótica y maravillosamente norteamericano. Sus más famosos exponentes eran unos jugadores negros, los Harlem Globetrotters, cuyas casi mágicas exhibiciones de dominio de la pelota al son de la melodía silbada de «Sweet Georgia Brown» dieron a Mike Jagger y a tantos niños británicos el primer indicio de lo que era *cool*. Se hizo secretario del club de baloncesto escolar que surgió a raíz de las visitas de Joe y nunca se perdía un entrenamiento. Y si sus amigos jugaban con zapatillas de deporte normales, él tenía unas de baloncesto —de lona, blancas y negras, y hasta el tobillo— que no sólo mejoraban su rendimiento en la cancha, sino que eran deslumbrantemente juveniles y modernas.

Por lo demás era un discreto miembro de la comunidad escolar: pasaba desapercibido y no se distinguía especialmente en nada ni era objeto de mayores censuras, porque no se rebelaba contra el orden establecido y empleaba su notable inteligencia para rehuir los problemas con aquellos profesores tan aficionados a arrojar tizas y a retorcer orejas. Para su compañero John Spinks era «un niño de goma» capaz de «doblar en todos los sentidos para evitar líos».

Según los cánones estéticos de los años cincuenta, no era guapo. En

aquellos años eran las estrellas de cine las que dictaban el modelo de *sex-appeal*, y el arquetipo era un hombre alto y musculoso, de firme mandíbula, con el pelo corto y engominado; gustaban los héroes de películas de acción como John Wayne y Rock Hudson, los personajes «tipo militar» como Jack Hawkins o Richard Todd. Al igual que su padre, Mike era menudo, y tan delgado que se le veían las costillas, aunque no se quedaría calvo, como Joe, o eso parecía. De pequeño era pelirrojo, pero ahora tenía el cabello más bien castaño y lacio, y ya inmanejable.

Su rasgo más singular era la boca, que, como en ciertas razas de bull-terriers, parecía ocupar toda la mitad inferior del rostro. La sonrisa le llegaba literalmente de oreja a oreja, y daba la impresión de que para humedecerse los labios, de grosor inusual, intenso color y en forma de arco de Cupido, necesitaba repasarlos con la lengua al menos dos veces. Su madre también tenía los labios considerablemente gruesos —y, dado lo mucho que hablaba, los ejercitaba continuamente—, pero Joe estaba convencido de que los de Mike venían de los Jagger y a veces se disculpaba, no del todo en broma, por habérselos transmitido.

Cuando sus compañeros de curso llegaban a la pubertad (en efecto, en la Inglaterra de los cincuenta ocurría así de tarde) y de pronto se hacían dolorosamente conscientes de su forma de vestir, de peinarse y acicalarse, de si resultaban atractivos para el sexo opuesto, el flaco, el escuálido Mike Jagger de labios caídos no parecía tener demasiadas posibilidades. Y, sin embargo, cuando se encontraba con las alumnas del prohibido instituto vecino, nadie, por la razón que fuera, inspiraba más sonrisas, sonrojos, risitas y murmullos a sus espaldas. «Cuando le conocí, ya había chicas revoloteando a su alrededor, o casi», recuerda Alan Etherington. «Muchos amigos nuestros eran bastante más guapos, pero nunca tuvieron un éxito ni parecido al suyo. Allí donde se encontrara y con independencia de lo que estuviera haciendo, si él no quería, no tenía por qué estar solo.»

Al mismo tiempo se iba haciendo mayor y sus rasgos, en especial los labios, suscitaban a veces un extraño antagonismo en los varones, y sus compañeros le gastaban bromas y se burlaban, y los mayores podían llegar al acoso físico. No porque fuera afeminado —su destreza en los deportes lo descartaba—, sino por algo mucho peor. En aquella época, el grosero racismo del siglo XIX, la llamada barrera del color, imperaba hasta en los círculos más liberales y civilizados. Para los chicos del instituto, y también para sus padres, los labios gruesos sugerían una sola cosa, y existía para nombrarla un término hoy repugnante pero entonces muy normal.

Muchos años después, en uno de los raros momentos en que se presta a las confidencias, Jagger admitiría que en la Dartford Grammar

escuchó más de una vez «esa palabra que empieza por “n”», *nigger*.<sup>1</sup> Todavía quedaban lejos los tiempos en que la comparación le resultaba halagadora.

Miles de británicos crecidos en los años cincuenta –y casi todos los que llegarían a dominar la cultura popular de los sesenta– recuerdan la llegada del rock and roll desde Estados Unidos como un momento que cambió sus vidas. Pero no Mike Jagger. En la rígida y clasista Inglaterra de la posguerra, el rock and roll impactó inicialmente sólo a los chicos de clase baja, los llamados *teddy boys* y *teddy girls*. En su primera fase causó poca impresión entre la burguesía y la aristocracia, cuyos jóvenes lo veían casi con tanto desagrado como sus padres. Además, dentro de un sistema educativo tan jerarquizado, sus primeros oyentes pertenecían a las *secondary moderns* y a las *technical schools*. En la Dartford Grammar y en otros institutos más bien fue objeto de altisonantes debates: «¿Es el rock and roll un síntoma del declive moral del siglo XX?»

Al igual que la gripe española cuarenta años antes, el rock and roll azotó Inglaterra en dos oleadas y la segunda fue infinitamente más virulenta que la primera. En 1955, una canción titulada «Rock Around the Clock», de Bill Haley and the Comets, llegó a lo más alto de las adormecidas listas de música popular británicas y provocó una revolución en las salas de baile proletarias, pero los medios de comunicación de alcance nacional la despreciaron rotundamente como una más entre las muchas y pasajeras novedades trasatlánticas. Un año después llegó Elvis Presley y, frente a la simple exuberancia de Haley, dio otra vuelta de tuerca de juventud y temeridad, y añadió un nuevo ingrediente: sexo en crudo.

Como cualquier alumno de instituto de clase media, Mike se limitaba a observar el furor mediático que inspiraba Elvis: su «insinuante» contoneo, su manera de mover las rodillas –como un temblequeo– cuando subía al escenario, su gran tupé y la hosca y provocativa pasión de su mirada, la histeria (literalmente) incontinente que suscitaba en su joven público femenino. Si el temor y odio del Estados Unidos adulto casi corría parejo con la fobia nacional al comunismo, la Inglaterra adulta reaccionó con humor y una pizca de complacencia. Figuras como Elvis, se decía, sólo podían surgir en el escandaloso e hiperactivo país que también había legado al mundo el cine de Hollywood, los gánsters de Chicago y las vocingleras convenciones políticas. Allí, en la inmemo-

1. *Nigger*, «negro», pero con una connotación inequívocamente peyorativa. (N. del T.)

rial tierra de la moderación, la ironía y los labios fruncidos, era inconcebible un cantante de modales ni remotamente parecidos.

La acusación de descarada sexualidad esgrimida contra el rock and roll en su conjunto y no sólo contra Elvis era manifiestamente absurda. Sus antepasados directos eran el blues —el original apareamiento de voz y guitarra en la América negra— y su moderna, eléctrica y acelerada variante llamada rhythm and blues, o R&B. El blues nunca fue timorato con el sexo; *rock* y *roll* eran dos sinónimos de hacer el amor y aparecían desde hacía décadas en frases y títulos de canciones («Rock Me, Baby», «Roll with Me, Henry», etcétera), aunque, por la segregación, sólo se oían o publicaban en emisoras y casas discográficas de música negra exclusivamente. En realidad, Elvis aprendió su forma de cantar y sus incendiarios movimientos en los escenarios y pistas de baile de los clubs negros de su nativo Memphis, Tennessee. La mayoría de los éxitos del rock 'n' roll eran versiones de estándares del R&B cantadas por vocalistas blancos y expurgadas de sentimientos vulgares o traducidas a una jerga oscura que nadie entendía («I'm like a one-eyed cat peepin' in a seafood store»).<sup>1</sup> Pero hasta ese producto purificado corría el riesgo de despeñarse al más pequeño paso. Cuando el blanco y pío Pat Boone versionó «Ain't That a Shame», de Fats Domino, fue criticado por divulgar lo que todos consideraban una forma de hablar «negra» y contagiosamente vulgar.

Como alumno de la Dartford Grammar, la música más apropiada para Mike Jagger era el jazz, y más en particular el jazz moderno, con aire intelectual, lleno de complejidades melódicas y siempre a poco volumen. Pero incluso el jazz tenía un papel muy pequeño en la vida diaria del instituto, donde la dieta musical se reducía a los himnos de la asamblea matinal y a romanzas tradicionales como «Early One Morning» o «Sweet Lass of Richmond Hill» (otra pista del notable futuro de Mike). «En general existía la sensación de que la música no era importante», recordaría el propio Mick. «Algunos profesores torcían el gesto cuando escuchaban jazz, porque les gustaba, pero no podían confesarlo [...] Pero el jazz era inteligente y lo tocaban hombres con gafas, así que todos teníamos que fingir que nos encantaba Dave Brubeck. El jazz era *cool*, el rock and roll no.»

Fue una moda breve y exclusivamente británica, el skiffle, la que sin embargo rivalizó con el rock and roll y estuvo a punto de eclipsarlo, la

1. «Soy como un gato de un solo ojo asomándose a una pescadería», uno de los versos de «Shake Rattle and Roll», tema de Bill Haley and the Comets. El gato de un solo ojo es el pene, la pescadería, las partes íntimas de una mujer. (*N. del T.*)

que abrió una fisura en las barreras sociales. En sus orígenes, el skiffle fue un género de la música folk (es decir, blanca) norteamericana y en la Depresión de los años treinta evolucionó para inspirarse también en gigantes del blues de aquella época como Huddie *Leadbelly* Ledbetter. Muchas canciones de Leadbelly, como «Rock Island Line», «Midnight Special» y «Bring Me Little Water, Sylvie», hablaban de ferrocarriles y campos de algodón y compartían con el rock and roll su ritmo torrencial y sus tintineantes y enérgicos acordes, aunque no su tono sexual ni su poder para alborotar a la masa. Fue importante porque era un vástago del jazz recuperado como novedad en una época de transición por líderes de bandas históricamente afectas a la música tradicional como Ken Colyer y Chris Barber. Su mayor estrella, Tony Donegan, que había tocado el banjo en el grupo de Barber, se cambió el nombre por el de Lonnie en honor al *bluesman* Lonnie Johnson.

El skiffle hecho en el Reino Unido iba a tener una influencia mucho más duradera que sus dos años escasos de vida comercial. Con frecuencia, sus primeros intérpretes norteamericanos, blancos y pobres, no tenían dinero para comprar instrumentos convencionales, así que usaban utensilios de cocina como cucharas y tablas de lavar —o la tapa del cubo de la basura—, a los que luego añadieron silbatos, peine y papel, y alguna que otra guitarra. El éxito del grupo de skiffle de Lonnie Donegan inspiró la formación de jóvenes facsímiles que rascaban y punteaban instrumentos caseros por toda Gran Bretaña (cuando, en realidad, la formación de Donegan no llegó a utilizarlos nunca). La tradición de grupos de música aficionados, en franca decadencia desde su auge en la época victoriana, renació con fuerza. Muchachitos británicos con camisa abrochada hasta el cuello que en su vida habían pensado en tocar actuaban ahora valientemente ante familias, amigos o público en general, y lo hacían con desenfreno. De la noche a la mañana, la guitarra pasó de ser un oscuro instrumento de acompañamiento a convertirse en objeto de culto y en el deseo más preciado de los jóvenes varones, más aún que un balón de fútbol. A las puertas de las tiendas de instrumentos de música se formaban tales colas que el *Daily Mirror* informó de la escasez de guitarras en todo el territorio nacional —la noticia recordaba las no tan lejanas estrecheces de la guerra.

En este aspecto, Mike Jagger jugó con ventaja. Ya tenía una guitarra, un modelo acústico que sus padres le habían regalado durante unas vacaciones en España. Entre las fotos de aquellos días hay una en la que aparece con un sombrero de paja de ala ancha, la guitarra cogida por el mástil al estilo flamenco y simulando cantar en español. Habría podido ser su pasaporte para cualquiera de los grupos de skiffle que en ese tiem-

po germinaban en la Dartford Grammar y en el barrio de Wilmington. Pero dominar los pocos y sencillos acordes de la mayoría de los temas del skiffle era trabajoso, y no quería caer en la vulgaridad de aporrear un cordófono «bajo» o de rascar una tabla de lavar. En vez de ello, con un talento organizativo forjado en la programación de partidos de baloncesto, fundó un club de música. El club celebraba las reuniones en un aula a la hora de comer y, como recordaría más tarde el mismo Mick, el ambiente era el de una clase extraescolar. «Nos sentábamos en el aula [...] y, en su mesa, un profesor fruncía el ceño mientras nosotros escuchábamos discos de Lonnie Donegan.»

Cuando sosos vocalistas blancos se hacían célebres con versiones expurgadas de canciones de R&B, los intérpretes negros originales seguían en su mayoría en una oscuridad a la que, después de tanto tiempo, ya se habían acostumbrado. Una de las excepciones más notables era Richard Penniman, también conocido como Little Richard, que había trabajado de lavaplatos en Macon, Georgia. Ni una docena de Elvis Presleys habrían podido ofender los oídos adultos como su repertorio de gritos, chillidos, alaridos y trinos en falsete. Al tiempo que repetía como un loro los clichés de un rock and roll todavía adolescente, Richard, con sus trajes dorados, llamativas joyas y explosivo tupé regaliz, proyectaba lo que nadie todavía llamaba afectación o amaneramiento. En realidad, su canción más emblemática, «Tutti Frutti», ostensible himno a un helado, empezó siendo un gráfico comentario de sexo gay (su famoso grito, «¡Auapbapbulupbabulapbambum!»), representaba una eyaculación largo tiempo contenida). Fue el primer *rock 'n' roller* que hizo olvidar a Mike Jagger su elegancia de instituto de clase media para rendirse al puro y alocado disfrute de la música.

Los numerosos vates de los medios que pronosticaron que el rock and roll estaría acabado en meses si no en semanas vieron prontamente corroborada su predicción con Little Richard. En 1958, mientras estaba de gira por Australia, vio al satélite ruso Sputnik cruzar velozmente el cielo y lo interpretó como una señal del Todopoderoso, así que tiró su cara sortija de diamantes al puerto de Sidney y anunció que dejaba la música para ingresar en el sacerdocio. Cuando la prensa británica publicó la noticia, Mike le pidió a su padre seis chelines y ocho peniques (unos treinta y ocho peniques actuales) para comprar «Good Golly Miss Molly», porque Richard se había «retirado» y quizá fuera su single de despedida. Joe se negó a apoquinar añadiendo: «Me alegro de que se retire»; como si lo hubiera hecho en ceremonia oficial culminada con un reloj de oro por los servicios prestados.

En Estados Unidos, una red de emisoras de costa a costa motivada

únicamente por la demanda de sus oyentes había dado ubicuidad al rock and roll en pocos meses. Los oyentes potenciales de rock and roll en Inglaterra, en cambio, tenían por lo pronto el problema de encontrar una sola emisora. La BBC, que tenía el monopolio radiofónico en todo el territorio nacional y emitía una enorme producción diaria de música orquestal y de baile en vivo, ponía pocos discos en general y mucho menos de un estilo tan desagradable. Para escuchar los éxitos que empezaban a llegar torrencialmente desde el otro lado del Atlántico, Mike y sus amigos no tenían otra posibilidad que coger prestadas las viejas radios de válvulas de sus padres y sintonizar Radio Luxemburgo, pequeño oasis de tolerancia adolescente en lo más profundo de la Europa continental cuyos programas nocturnos en inglés consistían principalmente en discos de música pop. Para las fuerzas de ocupación desplegadas para evitar un ataque nuclear de la Rusia comunista estaba también la AFN (Cadena de Emisoras de las Fuerzas Americanas), y la «Voz de América» en Europa del gobierno norteamericano, que endulzaba su propaganda con generosas raciones de rock y jazz.

Ver a los rockeros norteamericanos cantar en vivo era aún más complicado. Bill Haley visitó el Reino Unido una sola vez (viajó en transatlántico) y fue recibido entre vítores por una multitud que no se veía desde la coronación de Isabel II tres años antes. Elvis Presley iba a llegar también, pisándole los talones a Haley, pero, inexplicablemente, no lo hizo. La inmensa mayoría de los aficionados británicos al rock and roll sólo podían oír su música favorita en los cines. «Rock Around the Clock» pertenecía originalmente a la banda sonora de una película (sobre delincuencia juvenil, naturalmente). Tan pronto como Elvis alcanzó la fama, también él empezó a rodar películas, otra prueba para sus detractores de que su música no tenía entidad suficiente. Aunque la mayor parte de aquellos filmes eran «artículos de explotación», un mero vehículo para las canciones, algunos eran frescos e ingeniosos y se sostenían bien desde un punto de vista dramático, sobre todo dos de las películas de Elvis, *El barrio contra mí (King Creole)* y *Una rubia en la cumbre*, en la que aparecían Little Richard y nuevos ídolos blancos como Eddie Cochran y Gene Vincent. Mike tuvo una revelación en mitad de la acogedora oscuridad del State Cinema de Dartford, que tenía un reloj de esfera luminosa pero empañada, con el humo de los cigarrillos cruzando por delante del rayo del proyector. «Vi a Elvis y a Gene Vincent y me dije: “Eso lo puedo hacer yo.”»

Con frecuencia sucedía que los cantantes que cruzaban el Atlántico eran lamentablemente incapaces de recrear el fascinante sonido de sus discos en los cavernosos cines y teatros de variedades británicos. Pero

hubo una brillante excepción: Buddy Holly y el grupo que lo acompañaba, los Crickets, cuyo «That'll Be the Day» encabezó las listas del Reino Unido en el verano de 1957. Además de su singular tartamudeo, de su hipante estilo, Holly era el primer guitarra y componía los temas –en solitario o en colaboración–, que eran puro rock and roll en su versión más emocionante y malhumorada, pero elaborados a partir de las mismas y sencillas secuencias de compases del skiffle. Con gafas, impecable, más cajero de banco que ídolo de la juventud, Holly fue decisivo para que el rock and roll abandonara en Gran Bretaña un estatus exclusivamente proletario. Adolescentes de clase media que ni habían querido ni se habían atrevido a ser Elvis aprovechaban ahora los cuadernos de canciones de Buddy Holly para transformar sus grupos de skiffle, moda ya en declive, en incipientes bandas de rock.

La noche del 14 de marzo de 1958, la única gira de Holly por el Reino Unido le llevó al cine Granada de Woolwich, pocos kilómetros al norte de Dartford. Mike Jagger, que había aprendido a imitar su tics vocales buscando un efecto cómico, se encontraba entre el público con unos compañeros del instituto. Era –para todos ellos– su primer concierto de rock. La actuación de Holly and the Crickets no duró más que media hora y sólo contaban con un amplificador de guitarra de veinte vatios, pero tocaron todos sus éxitos con una fidelidad a los discos casi perfecta. Holly hacía caso omiso del *apartheid* musical pese a ser oriundo del oeste de Texas, donde imperaba la segregación, y reconocía abiertamente su deuda con cantantes negros como Little Richard y Bo Diddley. Era, además, un *showman* extrovertido que no perdía el compás ni cuando, con su Fender Stratocaster de sólido cuerpo, tocaba complicados solos al tiempo que se deslizaba de rodillas o se tumbaba de espaldas en el escenario. El tema favorito de Mike era la cara B de «Oh Boy!», segundo éxito de Holly and the Crickets en Gran Bretaña, un blues dialogado que se titulaba «Not Fade Away» y tenía un peculiar ritmo intermitente pausa-ruido que los Crickets marcaban golpeando con las baquetas en una caja de cartón. La letra tenía un humor hasta entonces desconocido en el rock and roll («My love is bigger than a Cadillac / I try to show it but you drive me back»)<sup>1</sup> Mike comprendió que Holly no sólo era alguien a quien copiar, sino alguien como quien ser.

Pero seguía sin dar un paso para hacerse con la necesaria guitarra eléctrica y convertirse en un cantante de rock como Buddy Holly y Eddie Cochran, o como el jovial pero nada atractivo Tommy Steele,

1. «Mi amor es más grande que un Cadillac / Intento mostrártelo, y tú haces que dé media vuelta.» (*N. del T.*)

primer rockero nacido en Gran Bretaña. Y aunque, como a buen número de jóvenes británicos, la idea le atraía, no parecía precisamente ambicioso ni arder en deseos de triunfar. Daba la casualidad, sin embargo, de que en la Dartford Grammar había surgido un grupo llamado The Southeners que se había convertido en una especie de leyenda local tras aparecer en un programa concurso de la televisión nacional, *Carroll Lewis Junior Discoveries*, y la casa EMI les había ofrecido una prueba de grabación (pero perdió todo interés cuando los chicos decidieron posponer la audición hasta después de las vacaciones). Tras su fácil transición del skiffle al rock, se había convertido en una banda totalmente electrificada, sin tablas de lavar y rebautizada con el nombre de Danny Rogers and the Realms.

Alan Dow, el batería de los Realms, era un año mayor que Mike y estudiaba la rama de ciencias en vez de la de letras, pero los fines de semana eran compañeros de baloncesto y tenían de profesor a Joe Jagger. Una noche que Danny Rogers and the Realms actuaban en el instituto, Mike se acercó a Alan por detrás del escenario y le preguntó si podía cantar una canción con ellos. «Aquella noche yo estaba especialmente nervioso», recuerda Alan, «porque tocábamos delante de todos nuestros compañeros y le dije que mejor no.»

Mike no tuvo más suerte cuando dos antiguos compañeros de clase del Wentworth County, David Spinks y Mike Turner, formaron un grupo que pretendía ser más fiel a los fundadores negros del rock and roll que a sus discípulos blancos. Mike se ofreció como vocalista e hizo una prueba en la casa de David en Wentworth Drive. Aunque a David y a Mike Turner les cayera muy bien, ni su aspecto ni su forma de cantar les gustaron –en todo caso, carecer de guitarra lo inhabilitaba automáticamente.

Su primer contacto con la fama no tuvo nada que ver con la canción, ni siquiera con el habla. Una de las tareas de Joe Jagger para la Junta Central de Actividades Físicas consistía en asesorar a las productoras de televisión sobre programas de fomento del deporte en niños y adolescentes –con la intención no confesada de contrarrestar los efectos del rock and roll–. En 1957 Joe se hizo asesor de una nueva cadena de televisión comercial, ATV, para un programa semanal titulado *Seeing Sport*. Los dos años siguientes, Mike apareció regularmente en el programa junto con su hermano Chris y otros jóvenes aficionados al deporte elegidos a dedo para mostrar cómo había que levantar una tienda de campaña o navegar en canoa.

Aún se conserva una escena de un programa dedicado a la escalada. La película es en blanco y negro con mucho grano y está filmada en

High Rocks, un paraje precioso próximo a Tunbridge Wells. Mike, que tenía entonces catorce años, viste pantalones vaqueros y camiseta de rayas, y está en un barranco junto a otros chicos y un instructor de mediana edad que dedica un monótono soliloquio al equipo. En lugar de botas con clavos, que podrían dañar aquellas paredes rocosas en particular, el hombre recomienda «zapatillas de gimnasia [...] como las que lleva Mike». Mike deja que le coja una pierna para que se pueda ver la inmaculada suela de goma. Por respeto a su padre no deja vislumbrar lo que de verdad está pensando del enano del jersey viejo que lo trata como si fuera idiota. Pero su mirada deliberadamente hueca y la lengua, que saca demasiadas veces para estar humedeciendo sus excesivos labios, lo dicen todo.

En el colegio seguía sin esforzarse, haciendo lo justo para defenderse en el aula y en el campo de juego. Tanto sus profesores como sus compañeros tenían la impresión de que sólo estaba allí a regañadientes y tenía la cabeza en alguna otra parte infinitamente más divertida y glamourosa. «Se distrae con demasiada facilidad», «Actitud bastante insatisfactoria» y otras sentencias semejantes se repetían en las notas trimestrales. En el verano de 1959 hizo los exámenes del GCE, el nivel medio de la enseñanza secundaria, que entonces no se puntuaban como ahora, sino de uno a cien. Aprobó siete asignaturas, muy justito Literatura Inglesa (48), Geografía (51), Historia (56), Latín (49) y Matemática Pura (53), y de sobra Francés (61) y Lengua (66). La educación superior estaba aún reservada a una privilegiada minoría. A los dieciséis años, la mayoría de los chicos dejaban los estudios y buscaban trabajo en algún banco o bufete de abogados. Mike, sin embargo, cursó *sixth form*, otros dos años de estudios, para examinarse de los niveles avanzados de Inglés, Historia y Francés. El director del colegio, Lofty Hudson, opinaba: «Es improbable que destaque en ninguna de esas asignaturas.»

Por lo demás, le nombraron prefecto, es decir, en teoría, un auxiliar de Lofty y de los profesores para ayudar a mantener el orden y la disciplina. Pero el director no tardaría en arrepentirse. Aunque al principio, con su inquietante atractivo, Elvis Presley había hecho mella sobre todo entre las chicas, su huella fue mucho más duradera en los chicos, y en especial en los chicos británicos, que cambiaron su recto porte por rebelde desgarbo y sus soleadas sonrisas por hoscas mohínes, y sustituyeron sus pulcros cortes de pelo por grasientos tupés, peinados rockabilly y pobladas patillas. El estilo teddy boy (o eduardiano) dejó de ser exclusivo de trabajadores jóvenes y rebeldes y los chicos de las clases media y alta empezaron a llevar pantalones por los tobillos, chaquetas de paño de dos botones y corbatas de cordón.